

LA MISIÓN DE LOS FRAILES Y LA CHINA DE MENDOZA MARTÍN DE RADA: LA CHINA QUE VIO

El texto de Rada coincide mucho con la versión Ming del pergamino "Qingming shanghe tu", dibujado a mediados del siglo XVI, que representa la vida urbana durante el período Ming.

Rada hace una clara distinción entre el estilo de vida de los ricos y el de los pobres. Está fascinado con la manera de trabajar de la gente de clase baja; con lo mucho que trabajan, lo eficientes que son, el peso que pueden cargar, y su buena voluntad para trabajar. Relaciona los precios baratos de los productos en China con el trabajo duro de los chinos y con la gran productividad de la agricultura, que cuenta con campos irrigados que nunca se dejan en barbecho. Desde su punto de vista, China es un hormiguero humano y, si bien es un país muy rico, los chinos son pobres debido a su número infinito de personas. Además, observa que al ser tantos, tienen que sacar ventaja a todo, y por eso nunca desperdician nada. Al otro lado del espectro social, queda asombrado con las costumbres de la gente de clase alta, con la manera en la que se peinan su larga cabellera, presumen de sus uñas largas, exhiben una variedad de trajes en cada ocasión diferente, manejan su vida social con rituales extremadamente corteses, y comen una variedad fantástica de comida. Entendió que la brecha entre la clase alta y la baja también era una cultural y expresó el gran amor por la lectura de la gente de clase alta y el uso de un idioma especial, el "wenyan", el idioma cortesano que daba acceso a las altas posiciones.

Rada afirma que las calles servían como mercados, donde se podían encontrar todo tipo de productos, donde los carniceros vendían carne de cerdo y cordero, y aves que se vendían según el peso. Los restaurantes se encuentran en cada esquina, y tomar el té es una costumbre generalizada que se disfruta en todas partes, mientras que el vino, muy habitual en los banquetes, también se vende en las calles. Está fascinado con la omnipresencia de las tiendas que ocupan las calles de la ciudad, donde se podían comprar botas, gorras y sandalias de paja, mientras que otras tiendas vendían tijeras y artículos de cocina. Pero observa la falta de armas en todas las casas que visitó. Queda asombrado con la hilera de casas de altura similar, y describe detalladamente las salas de estar y los patios en los que entraron.

Al describir la apariencia física de los chinos, afirma que son blancos. En las obras europeas, los chinos serán blancos hasta el siglo XVIII cuando, bajo la influencia colonizadora, mudarán el color de su piel al amarillo. Elogia la belleza de los niños, pero considera que los adultos son muy feos, ya que tienen barbas escasas y ojos pequeños. Está sorprendido al ver tantas librerías donde se pueden encontrar todo tipo de libros, como él mismo lo hizo. Queda asombrado de que haya tantos libros y que sean tan baratos. De hecho, al viajar a través de Fujian, el centro de la imprenta barata y comercial, compró lo que hoy llamaríamos libros en rústica, que se publican en papel fino, barato y amarillo, y que tienen un montón de personajes en cada página.

Rada tiene una mala opinión sobre las capacidades científicas y técnicas de los chinos; menosprecia los barcos chinos, si bien observa que hay un número infinito de estos patrullando la costa. Rechaza la brújula y la cartografía chinas, aunque reconoce haber visto cartas náuticas en los barcos chinos. Presta mucha atención a la religión, pero en vez de proporcionar un resumen general, describe lo que observa: una gran variedad de ídolos en todas partes, tanto dentro de las casas como grabados en las rocas de las colinas. Observa la importancia del paraíso y las múltiples invocaciones de los demonios negros y rojos. Aun así, considera que los demonios chinos son mucho menos dañinos que el Satanás del cristianismo, lo que le hace decir que las invocaciones chinas del demonio son simplemente ridículas. Presta una atención especial a las figuras y las ceremonias religiosas budistas, pero lo que entiende mejor es el culto a la diosa del mar, que era muy común en la zona marítima del sur de China.

Rada describe de manera vívida y realística la sensibilidad religiosa de los chinos: las ofrendas de papel moneda, animales y frutas, el arroz que se tira en el mar desde los barcos mientras la tripulación grita a bordo, los trozos de tela escritos que se adjuntaban a los regalos para especificar lo que se ofrecía. Y entró en un templo taoísta, donde su apego por la adivinación se vio recompensado con creces. Incluso sin identificarlos por su nombre, muestra un fuerte contraste entre los taoístas vegetarianos y los ascéticos que viven fuera de los pueblos, y los grandes monasterios budistas que celebran rituales complejos y musicales en el centro de las ciudades, y donde se puede comer de todo, aunque los monjes pidan limosna al otro lado de las calles.

El texto de Rada fue un documento excelente que le permite considerablemente continuar con sus relaciones con China. Pero, si bien Rada era un hombre muy religioso y erudito, y un científico y humanista excelente, se encontraba en Asia principalmente para servir a la Corona.

Rada llegó a las Filipinas con sus instrumentos astronómicos en mano, pasó la mayor parte del tiempo midiendo las estrellas y las longitudes, despreció a todos los gobernadores a los que sirvió, y murió cerca de Borneo mientras se vio obligado a aseverar la posición exacta de la isla.